

COLECCION CONFERENCIAS CULTURALES
NUMERO 1



AYUNTAMIENTO DE CEUTA (1977)

PORTADA: Reproducción de Selecciones Literarias (Editorial Fher).

LA GEOGRAFIA LITERARIA DEL QUIJOTE

COORDINACION Y DIRECCION: TEODOSIO VARGAS-MACHUCA GARCIA

PROLOGO: JUAN DE SAMARGO

CONFERENCIANTE: JOSE LOPEZ MARTINEZ



*PUBLICACION DE LA COMISION DE CULTURA DEL
AYUNTAMIENTO DE CEUTA*

LA GEOGRAFIA LITERARIA DEL QUIJOTE

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR
D. JOSE LOPEZ MARTINEZ EN EL
SALON DE ACTOS DEL INSTITUTO
NACIONAL DE BACHILLERATO DE
CEUTA (17. XII. 1976).

Prólogo

Presencia de José López Martínez en Ceuta

Con mi entrañable afecto
JUAN DE SAMARGO

Es la tercera vez que nuestro entrañable amigo, JOSÉ LÓPEZ MARTÍNEZ, viene a esta encantadora Ceuta, «Perla del Mediterráneo», y avanzada española en el Continente Africano. «Andaluz y marinera», como la definiría el poeta ceutí, Luis López Anglada.

Sí, fue el viernes día 17 de diciembre de 1976, cuando López Martínez disertaba en el Salón de Actos de los Institutos de Bachillerato, sobre «LA GEOGRAFÍA LITERARIA DEL QUIJOTE»; de él decíamos en nuestro Diario local, «EL FARO DE CEUTA», ese mismo día:

Nuestro querido y común amigo, José López Martínez, prestigioso Poeta, Periodista y Crítico Literario de «YA» y de «La Estafeta Literaria», ya casi no necesita presentación ante los ceutíes, pues desde que viniera a visitar nuestra ciudad, con motivo del homenaje a nuestro entrañable poeta ceutí, Luis López Anglada, en diciembre de 1974 y, posteriormente, en 1975, hablara en el mismo Salón de Actos sobre «LA MUJER EN LA LITERATURA», López Martínez es ya conocido por muchos ceutíes, no tanto por lo que nosotros hemos dicho de él, cuanto por lo que él ha dicho de Ceuta, no sólo en los Periódicos y Revistas nacionales, sino allende nuestras fronteras, concretamente en Hispanoamérica.



Presentación del conferenciante por Juan de Samargo.

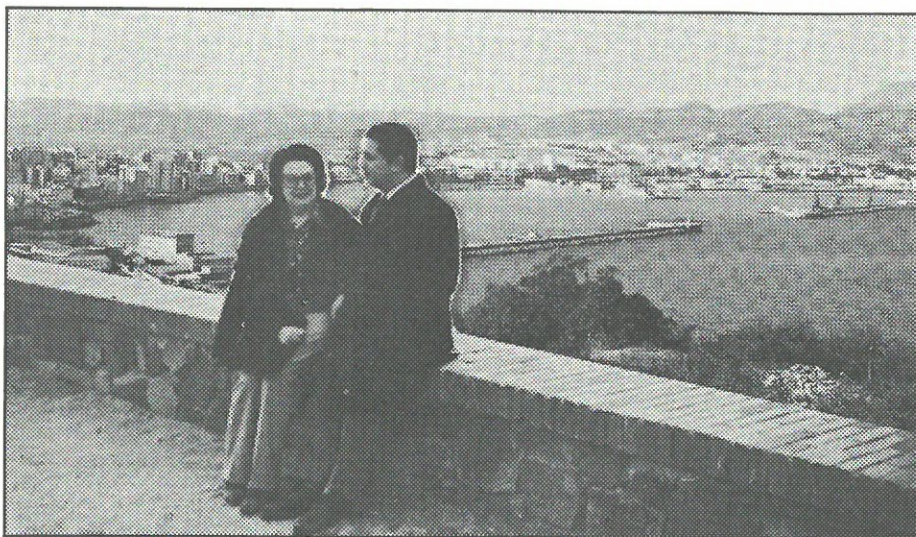
Sin embargo, correspondiendo a su caballerosidad y amistad demostrada a todo acto cultural que organizamos en nuestra ciudad, digamos hoy que, José López Martínez, nació en Tomelloso, histórico pueblo de la provincia de Ciudad Real, el día 16 de septiembre de 1931. Su dedicación al estudio y dentro de éste a la Literatura, le llevaron a triunfar en ese campo tan difícil, nada menos que en el corazón de España, en Madrid; y la irradiación de su bien hacer en el campo de la poesía, del periodismo, y muy especialmente, en la crítica literaria, le han hecho trascender a Hispanoamérica.

Ni que decir tiene que López Martínez, trabajador incansable, tiene en su haber múltiples publicaciones, especialmente en crítica literaria, pero sólo queremos destacar en estos momentos su libro de poesía «EN CARNE VIVA», la novela «BLANCA MARÍA» y el magnífico ensayo sobre «LA MANCHA», que publicara el Ministerio de Información y Turismo.

Para conocimiento de los ceutíes, de esta Ceuta a la que tanto quiere López Martínez, quiero hacerme eco de una de sus conferencias en Daimiel, de la que el periódico «LANZA» decía: «Gustó mucho aquella conferencia». Y más adelante: «Sobre sus otras cualidades de crítico literario y conferenciante, se ría poeta, y poeta manchego por excelencia, cantor de nuestros hombres y nuestra tierra, como en aquel soneto dedicado a «EL LABRIEGO», que comienza:

«Va empapado en luz. Suda y se muere
un poco cada día en la besana.
Nunca aprendió a rezar, porque prefiere
inventar su oración cada mañana...»

¡Cómo me recuerda a mi querido poeta Gabriel y Galán, cantor de su tierra charra! Así es López Martínez, un enamorado de todo lo español, de todo lo bueno; de ahí su dedicación a la poesía, al periodismo y a la crítica literaria, para cantarlo todo con la máxima humildad en sus conferencias por las tierras y las ciudades de España y de Hispanoamérica.



José López Martínez, junto a su esposa, en uno de los viajes que el escritor ha realizado a nuestra Ciudad.

Acudamos todos hoy a escucharle en esta conferencia que ha organizado la Agrupación Sindical de Escritores en su XV Aniversario y que patrocina la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo. La lección sobre «LA GEOGRAFÍA LITERARIA DEL QUIJOTE» será, sin duda, algo que nos deleitará en la recordación de los más bellos pasajes de nuestra literatura. No olvidemos que López Martínez es miembro de la «Sociedad Cervantina».

Y a ti, amigo Pepe, también quiero decirte al go, aunque sé que no es necesario por tu gran amor a Ceuta. Que cuando hoy llegues al puerto a las 13,00 horas, abras todos tus sentidos y facultades para llenarte de todo lo bueno de esta Ceuta que es España y, a tu regreso a ese Madrid, corazón de nuestra Patria, inicies un canto poético de lo que has visto, a través de tu gran campo periodístico, con esa fina crítica con que tocas todo lo literario, para que el mismo trascienda más allá de nuestras fronteras y nos llene a todos de gozo. Bienvenido a Ceuta.

*Para Juan de Sahagún Martín Gallego,
mi querido amigo.*

CUANDO nace Cervantes, Alcalá de Henares es uno de los centros más importantes de la cultura occidental. En 1506 se había fundado la Universidad. Once años después se imprime la Biblia Políglota Complutense, cuya luz alumbró la ignorancia religiosa del mundo hispánico. Dos años antes de nacer Cervantes se inicia el Concilio de Trento, que habría de durar casi cuatro lustros.

En 1547, dato que todos sabemos desde la escuela primaria, nace el autor del «Quijote». Tiempos gloriosos para un imperio donde nunca se ponía el sol. El ambiente no podía ser más propicio para que se formara el espíritu heroico de Cervantes. La vida del escritor discurre durante el período más esplendoroso de la historia de España, lo mismo que su muerte acaece cuando el aparato imperial comienza a declinar.

Acerquémonos a Madrid, casi umbral de la Mancha. Poblachón manchego lo ha llamado algún cronista. Porque en Madrid muere y es enterrado Cervantes. Dice Astrana Marín que aquel 23 de abril de 1616 fue un día raso, de sol espléndido, y que la prolongada sequía amenazaba malograr las cosechas en Castilla. Y prosigue Astrana: «Aquel mismo día, sábado, los madrileños tenían acompañamiento más solemne: la imagen de Nuestra Señora de Atocha se trasladaba, en rogativa por la lluvia, al convento de Santo Domingo el Real, desde la parroquia de Santa María». Efectivamente, el entierro de Cervantes no supuso la más mínima novedad entre la llamada buena sociedad madrileña. Ni siquiera entre sus compañeros, los hombres de letras. Ni para las gentes sencillas de los barrios humildes. ¡Gran paradoja de la vida y del mundo!

No hay acuerdo definitivo con respecto a la fecha en que fue enterrado el Príncipe de los Ingenios. Luis Astrana Marín, Federico Torres Yagües y otros ilustres autores de biografías cervantinas, aseguran que fue el 23 de abril, precisamente en la fecha que ahora en España

celebramos el Día del Libro. Sin embargo, existe un raro y antiguo opúsculo del célebre Marqués de Molins, donde se dice que Miguel de Cervantes y Saavedra fue enterrado el 24. ¿Quiénes, pues, están en lo cierto? Astrana Marín, como se sabe, fue una de las máximas autoridades en el tema cervantino y dijo que el 23. Aunque hay que reconocer que no son las fechas lo fundamental en la historia y los méritos de un hombre de la categoría literaria y humana de Cervantes, sino sus obras.

Y a los hechos, a su circunstancia viviente, es a lo que queremos referirnos. Aunque la verdad es que en el caso del autor del «Quijote» resulta francamente triste. Pese a no saberse con certeza absoluta, todos sus biógrafos y comentaristas, desde don Dieglo Clemencín hasta el más insignificante, coinciden en suponer que el genial escritor murió solitario y olvidado del público.

El ya mencionado Marqués de Molins narra el sepelio de Cervantes de la siguiente manera: dice que era sábado cuando se abrieron las puertas del convento de las monjas trinitarias de la calle de Cantarranas para dar paso al modesto féretro que portaba el cuerpo de don Miguel, el cual era transportado a hombros de cuatro hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, de la que el insigne escritor era reciente profeso.

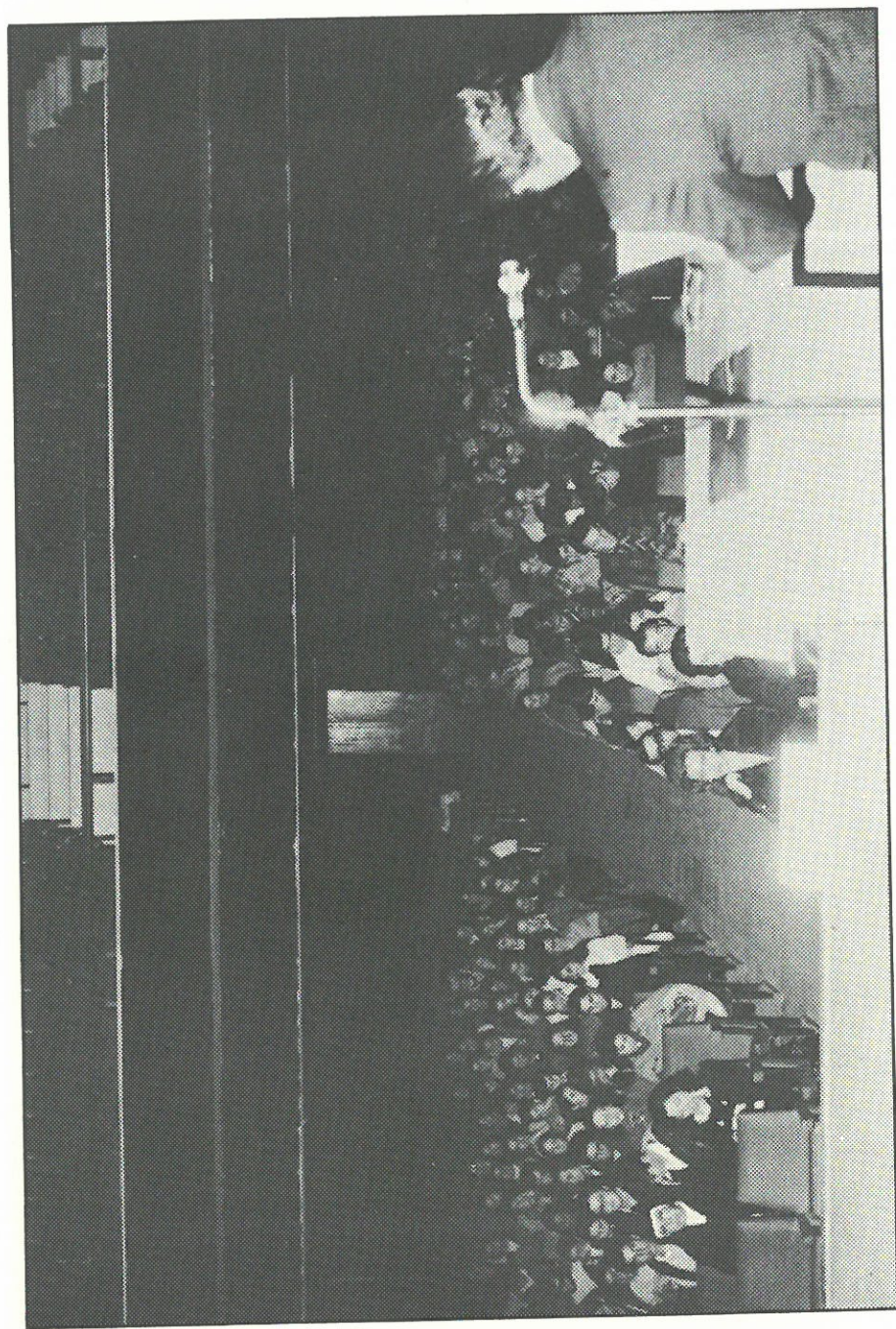
Y continúa relatando el Marqués, que Cervantes iba amortajado con sayal franciscano y que llevaba el rostro cubierto: que no tenía cruzadas las manos debido a su manquedad, aunque en la diestra empuñaba una cruz a guisa de espada.

Pero lo más triste fue el escaso acompañamiento, las poquísimas personas que estuvieron presentes en el acto. Rebuscando en libros y comentarios se llega a la conclusión de que solamente hubo siete: su vecino y albacea, Francisco Núñez y seis congregantes del Olivar y del Caballero de Gracia. De ahí que recordemos tantas veces las palabras de Felipe Sassone, cuando una tarde, hablando en su casa madrileña de la calle de Lagasca, nos dijo que el autor del «Quijote», como auténtico genio que fue, nos había de parecer triste y solitario como todos los genios.

Efectivamente, el escritor más grande de la literatura hispana murió completamente olvidado de sus contemporáneos y fue conducido a la



Presidencia y momento de disertación de López Martínez.



Aspecto general del Salón de Actos de los Institutos en la conferencia de José López Martínez.

tumba con menos acompañamiento que cualquier anónimo ciudadano de la nación. Y yo me pregunto: ¿no es esta una de las más dolorosas ironías que en la Historia se han producido? Y todavía escribe en sus postreros momentos: «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que ya me voy muriendo»... ¿Dónde estaban sus amigos? Dejemos sin contestar esta desoladora interrogante. Cervantes murió triste como casi todos los auténticos genios. Su gloria imperecedera, incomparable, vendría con la posterioridad. Aunque esa gloria posterior habría de ser también muy especial, pues se da el caso que todos hablamos de Cervantes, de sus obras, de su vida, ¿pero cuántos le hemos leído verdaderamente?

No habían leído el «Quijote»

Voy a contarles un caso que sucedió no hace mucho a un ilustre amigo mío, a don Antonio Juan Onieva, presidente hasta hace poco de la Sociedad Cervantina. Resulta que fueron a visitarle tres jóvenes, muy estudiosos ellos, muy ingeniosos, los cuales iban a pedirle, no un guión cinematográfico, que de eso mi amigo no sabe nada, pero sí un cuento, relato o historia que ellos pudieran llevar a un guión técnico. Él, mi amigo, sorprendió por aquella pretensión, quedó un tanto desconcertado; pero tras recapacitar unos instantes les dijo: «Allá va la historia. Vamos a ponernos en tiempos de los piratas (esta palabra ya les hicieron torcer el gesto, como diciendo: «Pero, señor, esto es muy anticuado»...). Mas mi amigo prosiguió: «A la heroína la vamos a llamar Ana Félix». Le contestaron inmediatamente: «No, no, debe llamarse María Pérez». «Bien, pero yo quiero que se llame Ana Félix y que además su amante enamorado se llame Gaspar Gregorio». Aquí los jóvenes quedaron tan absortos, que mi amigo comprendió que no aceptarían su intervención. Pero siguió: «Esta Ana Félix, joven doncella, hermosísima, se viste de hombre y va en un bergantín corsario desde el cual se cometen varias tropelías, las suficientes para que salgan tres galeras a apresarse al bergantín, y lo apresan y cogen al muchacho, porque Ana estaba vestida de muchacho; la llevan a tierra, disponen una horca, le pasan la cuerda por el cuello y cuando ella se ve ya casi al final de su vida, pide que la dejen

contar su historia, y la cuenta, y no es un hombre, es una mujer, y se desprende de su tocado y aparece la hermosísima cabellera que le cae sobre los hombros, y después dice quién es; cómo unos tíos suyos se la llevaron a Berbería, cómo tuvo que pasar por azares infinitos y cómo a última hora se ha visto en aquella empresa para la cual no estaba preparada. Efectivamente, allí la perdonan, y un anciano que la ve, le dice: ¡Pero si tú eres mi hija, Ana Félix! Se abrazan los dos, y esa es la historia». En resumen, los jóvenes quedaron decepcionados. Dijeron: «Muchas gracias, don Antonio, pero nosotros nos vamos». Y se marcharon. Y cuando se marcharon, mi amigo tomó el «Quijote», lo abrió por el capítulo 63, y vio que no se había equivocado nada en la historia. Era exacta; era la misma. Aquellos tres muchachos tan cultos, tan ingeniosos, tan modernos, NO HABÍAN LEÍDO EL «QUIJOTE».

Teorías, de Antonio Juan Onieva

Pero don Antonio Juan Onieva, refiriendo el pintoresco episodio, decía que perdonaba a los mencionados jóvenes; que no les tomaba demasiado en cuenta su fracaso cultural, porque dicho capítulo se encuentra casi al final de la segunda parte de la obra, y claro —agregaba— la segunda parte del «Quijote» no es la de Don Quijote de la Mancha, porque Don Quijote no es Don Quijote de Pedrola, ni Don Quijote del Ebro, ni Don Quijote de Barcelona; es Don Quijote de la Mancha, y de tal modo hay una simbiosis entre su modo de ser y el modo de ser del alma manchega, que ambos se complementan, y no se concibe a don Quijote sin la Mancha ni a la Mancha sin Don Quijote. Recuérdese que todos aquellos autores de gran renombre, en especial los extranjeros, que se han ocupado del «Quijote», siempre se han referido o bien a la aventura de los molinos de viento, la más original y disparatada que jamás se dio en literatura alguna, o bien al combate contra los ejércitos de ovejas y corderos, o a los episodios famosísimos y celebradísimos de la Venta de Puerto Lápice y la Cueva de Montesinos; pero difícilmente se han acordado de la segunda parte del «Quijote», sobre todo cuando Don Quijote atraviesa las fronteras de la región manchega.

Hay estudiosos que mantienen la teoría de que en esta segunda parte de la obra nos hallamos ante un héroe cambiado, completamente distinto del de la primera. Incluso se ha llegado a decir que de no haber sido por el falso «Quijote» de Avellaneda, acaso Cervantes no hubiese escrito la susodicha segunda parte, publicada diez años después de la primera. ¿Qué le ha pasado al Caballero de los Leones? Acordaos de aquellos versitos de la primera parte: «los caballeros andantes y los que en la corte se hallan»... El mismo Don Quijote, hablando con uno de los caballeros de cómo ha de entenderse y vivirse la orden de la andante caballería, le dice: «Pero hay dos clases de caballeros: los caballeros andantes, los que van por los caminos, los que sufren los rigores del sol del verano y los del frío del invierno, los que enderezan cosas torcidas, los que ayudan a las viudas, los que protegen a las doncellas, los que traen la justicia sobre la tierra; y hay los otros, los caballeros cortesanos, los que viven en la molicie de la corte, los que duermen en sábanas finas y los que se cubren con mantos de escarlata». ¡Y quién había de decirlo!, en la segunda parte del «Quijote», Don Quijote, en el palacio de los Duques, duerme en sábanas de Holanda y se pone un manto escarlata después de la comida... Y quizá por haberse convertido en caballero cortesano, por haber huido de la Mancha, Cervantes le castiga a sufrir los sarcasmos de Altisidora y las mentiras de la Trifaldi, y aquella burla sangrienta, terrible, de los Duques, cuando le sueltan la caja de los gatos, que arañan y destrozan a Don Quijote. Parece ser que ahora, a lo largo de estos descorazonadores capítulos, Cervantes y Don Quijote ya no son la misma cosa, que los dos luchan cara a cara y cada uno lleva su vida. Y es que, la cosa está clara, la Mancha y Don Quijote forman un mismo lenguaje, una misma unidad, una realidad única e irrepetible. Don Quijote y la Mancha, repito, constituyen una altísima dimensión lírica, una entrañable geografía literaria.

La Mancha de Don Quijote

La presencia de Don Quijote es permanente a lo largo de la dilatada geografía manchega. El viajero hallará lugares y motivos directamente relacionados con la obra cervantina. Ellos han hecho universal el nombre de esta región. Y es que sobre este legendario paisaje, el caballero de la triste figura y su fiel escudero, Sancho Panza, fueron dando testimonio de lo que siempre ha sido y será el espíritu español. La aparición de

molinos de viento, de ventas y mesones, así como la presencia de arrieros y trajinantes, prestan al paisaje manchego un ambiente de auténtica sugestión quijotesca.

En Campo de Criptana se vive la emoción de la batalla contra los molinos; Argamasilla de Alba se enorgullece de ser el lugar de Don Quijote y de que en la Cueva de Medrano escribiese Cervantes algunos capítulos de la obra. También aquí se puede visitar la casa del Bachiller Sansón Carrasco y la iglesia parroquial donde se muestra un retrato de don Rodrigo Pacheco, en el que muchos ven el propio trasunto de Don Quijote. Y desde aquí, Guadiana arriba, se encontrará uno con los famosos batanes, con las Lagunas de Ruidera, la Cueva de Montesinos y el castillo de Rocafriada, todo ello tan entrañablemente relacionado al libro cervantino. Y si seguimos la huella de los famosos personajes, llegaremos a la Mancha de Montearagón, o Mancha Alta, donde Astrana Marín sitúa, en el término de San Clemente, el inolvidable episodio del retablo de Maese Pedro, y Sancho pronuncia su «voto a Rus», en el santuario de la Virgen de Rus.

Camino llenos de poesía estos de la Mancha de Don Quijote. Pueblos, villas y aldeas que son símbolos de universal renombre. El viajero no podrá marcharse de esta región sin haber conocido al menos lo más significativo. Una cita de amor tiene en el Toboso y otra en Esquivias. En el primero le mostrarán el palacio de Dulcinea, la ilusión imposible del más altruista de los caballeros andantes. En Esquivias verá la casa donde vivió Cervantes y la iglesia donde contrajo matrimonio con Doña Catalina de Salazar y Palacios. Aquí soñó y escribió el Príncipe de los Ingenios. Tampoco debe faltar la visita a Puerto Lápice, la villa donde fue armado caballero Don Quijote, en uno de los capítulos más originales de todas las literaturas del mundo: «Díjole también —el ventero—, que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo». A continuación surge una de las preguntas clásicas de la cazarería manchega: «Preguntóle —el ventero— si traía dinero; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído».

Pero la Mancha es todo esto y mucho más. Para descubrirla hay que sentirse inmerso en su paisaje, en sus horizontes sin límites; hay que recorrer pausadamente sus caminos; tal vez en el hallazgo de lo inesperado resida uno de los mayores encantos de la Mancha cervantina y quijotesca. «Crece el mosto en las cepas, los sarmientos forman arcos triunfales; convertimos la llanura en un mar, y nos sentimos barqueros de amorosos pensamientos». (De mi libro «En carne viva»)

Transformación del paisaje

Una pregunta, sin embargo, hemos de hacernos antes de proseguir: ¿Cómo era realmente el paisaje sobre el que Cervantes hizo discurrir las aventuras de Don Quijote y Sancho? ¿Acaso era un paisaje árido y polvoriento como no pocos comentaristas nos presentan? Rotundamente hemos de afirmar que no. Por datos dignos de todo crédito sabemos que por aquellas calendas en que aventuran hidalgo y escudero, posiblemente en las décadas finales del siglo XVI, la llanura manchega, como escribe Ramón Serrano Vicente, en su libro «Ruta y patria de Don Quijote», no se presentaba a la vista como actualmente, constituyendo prácticamente una ininterrumpida sucesión de terrenos labrantíos de cereal, viñas, olivares; algún desperdigado grupo de pinos o de encinas maltrechos por el abandono. «Quienes imaginan las aventuras del libro sobre el paisaje actual —comenta el citado cervantista— caen en error y anacronismo, ya que apenas tiene nada en común con el de entonces», siendo de lamentar que en esta falta han caído la mayor parte de los modernos hermeneutas del «Quijote» y casi todos los dibujantes que han ilustrado la obra, «a los que, sin duda, el polvo de la Mancha actual ha empañado la clara visión de la Mancha Cervantina». Y prosigue en su interesante aclaración:

«Lo que ahora consideramos típicamente manchego, es decir, la inmensidad pelada de aquellas llanuras, no lo fue en modo alguno en aquellos tiempos, pues jamás un paisaje tan despejado podría despertar, ni siquiera en el mismísimo Don Quijote, inducción a las aventuras». Pongamos atención en que los principales hechos del libro suceden en lugares donde el terreno se torna accidentado y pierde la típica monotonía. La aventura de los molinos acaece sobre la crestería de un cerro; el

episodio de Juan Aldudo y del zagal Andrés se desarrolla en un campo en el que hay encinas; la historia de Marcela y Grisóstomo tampoco tiene por escenario ninguna polvoriente comarca. Grisóstomo mandó que su cuerpo fuese sepultado al pie de la peña donde estaba la fuente del alcornoque. El mentado Serrano Vicens, dice: «esto presupone que el terreno donde se hallaban era silíceo y además montañoso, pues al referir el cabrero la vida de Marcela y de cómo muchos de sus adoradores habían dado en hacerse pastores por seguirla, el desdén que ella les muestra les hace desesperar y quejarse a voces y «si aquí estuviéredes, señor —escribe Cervantes—, algún día veríedes resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen». Y otro tanto puede decirse del paisaje de la aventura de los batanes, del escenario de la boda de Camacho, del fabuloso episodio de la Cueva de Montesinos o de la visita al Toboso: «Ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto la hora llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban». Y por último, para no hacer demasiado prolija esta exposición, si realmente, como muchos creen, Argamasilla de Alba es la patria chica de Don Quijote, todavía allí prevalece un paisaje casi idílico, rodeado de álamos y de huertos sustentados por las aguas cantarinas del río Guadiana.

La eterna polémica

Por supuesto, al llegar a este punto, se nos presenta una de las cuestiones más polémicas del *Quijote*, esto es, la de dilucidar cuál es en verdad la villa manchega de la que Cervantes no quiere acordarse. Cinco pueblos rivalizan hoy por recabar la paternidad de Don Quijote: la mentada Argamasilla de Alba, Argamasilla de Calatrava, Mota del Cuervo, Esquivias y Santa María del Campo Rus. Por la primera abogó un cervantista tan prestigioso como Diego Clemencín; por la de Calatrava, Astrana Marín; por Esquivias, Rodríguez Marín, por Mota del Cuervo, Rafael López de Haro, y por Santa María del Campo Rus, Ramón Serrano Vicens. Nosotros, respetando todas las opiniones, principalmente por venir de tan ilustres investigadores, profesamos nuestra devoción por Argamasilla de Alba, suscribiendo las palabras que Federico Torres Yagües pone en su reciente libro «Don Quijote, Cervantes y

la Mancha»: «Si Cervantes no quiso acordarse del pueblo de su héroe, él sabe por qué y nosotros también lo sabemos: para que todas las aldeas y villas de la Mancha le tengan por suyo. Pero de la Mancha, del corazón de la Mancha y no de otro lugar alguno. Localizar este lugar no es posible y acaso sea lo mejor, pues así, como el autor quería, todos los pueblos manchegos son la verdadera patria de Don Quijote».

«Ahora bien —puntualiza el prestigioso cervantista—, hay una población que se ha llevado la palma en el trabajar más que las otras y en ella existen algunas leyendas muy respetables. Esta población es Argamasilla de Alba. Y tan verdaderamente creo que Argamasilla de Alba puede ser tenida por el lugar de Don Quijote, que yo en mi «Ruta de Don Quijote» así lo he escrito. Argamasilla de Alba es un ejemplo y un estímulo. Unos creen las leyendas argamasillescas y otros no. Nada malo hacen los primeros y nada bueno harían los segundos si no investigan las razones de su negativa. No creo que haya ninguna otra población que posea más méritos y como todo es al fin y al cabo pura ficción, reivindicemos para Argamasilla de Alba el lugar del que Cervantes no quiso acordarse».

Versión literaria de la Mancha

Aunque quizá sea Azorín el autor que más sutil y poéticamente ha sabido calar en la idiosincrasia manchega, sobre todo en lo que a la mujer se refiere. El retrato que Azorín nos ha dejado de las mujeres de la Mancha, difícilmente podrá ser superado. Dice el maestro del noventa y ocho: «Juana María es delgada, esbelta; sus ojos azules; su cara es ovalada; sus labios son rojos. ¿Es manchega Juana María? ¿Es de Argamasilla? ¿Es del Tomelloso? ¿Es de Puerto Lápice? ¿Es de Herencia? Juana María es manchega castiza. Y cuando una mujer es manchega castiza, como Juana María, tiene el espíritu más fino, más sutil, más discreto, más delicado que una mujer puede tener».

Eladio Cabañero, en su libro «Desde el sol y la anchura» describe así esta maravillosa panorámica de lo que es una anochecida sobre el paisaje manchego:

Se está poniendo el sol de otoño lento
y en el haza hacen sombra los terrones....
Cantan los que trabajan, ¡ay!, canciones
que por lo bajo canta el pensamiento.

La noche va encerrándose. Un momento
cruzan ahogos lejanos, vagos sonos,
y algo sucede que los corazones
y el campo callan en recogimiento.

No podía faltar la cálida y arraigada palabra de Juan Alcaide en esta
sucinta versión poética de la Mancha. Tomemos un fragmento de su
«Poema de la llanura y el hombre»:

La Mancha va embutida en el ropaje
del héroe que la enciende y que la apaga.
Aquí se sorbe el hombre su paisaje,
como algodón de yesca en sorda llaga.

Y este otro, que titula «Amanecer (molino de viento)»:

El molino se baña en el alba.
En el aire de anís, jabonoso,
chapotea el molino sus aspas.

Concluamos esta brevísima antología de textos líricos de autores
que han cantado a la Mancha con unos versos de Ángel Crespo, uno de
los mejores poetas que jamás ha habido en la provincia de Ciudad Real.
Los recogemos del «Soneto a Don Quijote sin caballo»:

Caminaba en el polvo. No era cierto
el verdoso color de las olivas.

Le gritaban las ramas, casi vivas,
y había ruido y plenitud de acierto.
Iba por el camino, bien cubierto
de la adarga, y con lanza. Sensitivas,
sus miradas poblaban con altivas
visiones el paisaje más desierto.

La gloria hispana del Quijote

Vamos a enfilear la recta final de este trabajo con una interrogación dirigida a los amantes del «Quijote» y de la Mancha: ¿Qué hubiera sido de don Alonso Quijano el Bueno y de aquellas llanuras, si Cervantes hubiese muerto en la batalla de Lepanto? Don Quijote reposaba aún en la oscuridad del limbo literario. Cervantes contaba entonces 24 años. Recuérdese que la primera parte de dicha obra no aparecería hasta 34 años después. Cervantes bien pudo haber muerto en la batalla en vez de sólo salir herido. Y pudo también haber muerto en África durante los largos cinco años de cautiverio que padeció. Miles de esclavos cristianos como él morían. Y si hubiera muerto, naturalmente, a España le hubiese faltado su único libro verdaderamente universal.

El caso de Cervantes, que pudo haber sucumbido en Lepanto o en Argel (lo ha comentado admirablemente Gabriel Paz en un estupendo trabajo publicado en Méjico), nos recuerda el caso de Esquilo, quien antes de escribir la «Orestíada», «Los persas» y «Prometeo encadenado», se había batido como valeroso combatiente en las terribles batallas de Maratón, de Artemison, de Salamina y de Platea. Al lado del joven Esquilo cayeron, atravesados por las espadas persas, miles de soldados como él, de manera que también fue un verdadero milagro que saliera con vida de aquellas bárbaras hecatombes. Y la obra de Esquilo, tan esencial no sólo para la gloria de la Hélade, sino para la cultura universal, no se hubiera producido si dicho autor hubiese perecido en cualquiera de las cuatro sangrientas batallas en que tomó parte.

Y eso sí que hubiera sido una doble catástrofe espiritual para Grecia y para España. Pero concretándonos sólo a la Mancha, aunque sea con un poco de egoísmo regional, ¿qué sería de ella sin el «Quijote»? Quitemos

de pronto a Don Quijote y a Sancho de la llanura castellana, de la llanura, manchega, y veremos el tremendo vacío. Quidemos de la Mancha a Dulcinea, a los molinos, al cura y al barbero, al bachiller Sansón Carrasco, al ama y a la sobrina, y nos daremos cuenta de la terrible desolación espiritual que nos rodea. Y volviendo al texto mencionado de Gabriel Paz, esa sí que hubiera sido una catástrofe cultural: Como lo sería para Italia si le faltara el Dante o Miguel Ángel, para Inglaterra si le faltara Shakespeare, y para la religión católica si le faltara el Papa.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTIES

DIRECTOR: D. ANTONIO BERNAL ROLDAN

Colección "Premios Ceuta"

DIRECTOR: D. ALFONSO SOTELO AZORIN

- 1.—**López Anglada:** (1.º Premio 1969) «En los Brazos del Mar» (1969).
- 2.—**Eulalia Dolores de la Higuera:** (2.º Premio 1969) «Poema de la Isla Redonda e Invertida» (1970).
- 3.—**Gordillo Osuna M.** (1.º Premio 1971) «Geografía urbana de Ceuta» (1973).
- 4.—**Tte. General Chamorro:** (1808-1936). «Dos situaciones históricas concordantes» (1974).

Colección Estudios Históricos

DIRECTOR: D. TEODOSIO VARGAS-MACHUCA GARCIA

- 1.—El Pendón de Ceuta (1973).
- 2.—Inscripción votiva romana en Algeciras (1973).
- 3.—Oba (1973).
- 4.—"Don Alonso Calderón Alférez en Ceuta" (1973).
- 5.—Estudios Históricos sobre Ceuta (Siglos V al XI) (1974).
- 6.—Homenaje a José María Pemán (1974).
- 7.—El Estado Noble en Ceuta (1974).
- 8.—Historia de Ceuta de A. Correa de Franca Libro I (1975).
- 9.—Homenaje a Luis López Anglada (1976).
- 10.—Historia de Ceuta de A. Correa de Franca Libro I - 2.^a parte (en prensa).
- 11.—Homenaje a Gerardo Diego (1977).

Colección Estudios Sociológicos

DIRECTOR: D. ANTONIO BERNAL ROLDAN

- 1.—**Antonio Bernal Roldán:** «Estudio de la Población Subnormal de la Ciudad de Ceuta» (1975).

Colección Estudios Científicos

DIRECTOR: D. VICTOR LOPEZ FENDY

- 1.—Flora de Ceuta (en prensa).
- 2.—Geología de Ceuta (en preparación).

Colección Estudios Geográficos

DIRECTOR: D. TEODOSIO VARGAS-MACHUCA GARCIA

- 1.—**M.^a Carmen Fernández Merino** «El Problema de la Industria Pesquera en Ceuta» (1977).

Colección Conferencias Culturales

(PATROCINADAS POR LA DELEGACION DE CULTURA DEL AYUNTAMIENTO DE CEUTA)

- 1.—La Geografía Literaria del Quijote (1977).

OTRAS PUBLICACIONES

(PATROCINADAS POR EL AYUNTAMIENTO DE CEUTA)

SALA DE ARQUEOLOGIA MUNICIPAL:

J. Bravo.—Ancorae Antiquae, I (1976).

J. Bravo.—Ancorae Antiquae, II (1976).

Emilio Alfonso F. Sotelo.—Cerámica Hispanomusulmana de la Sala Arqueológica de Ceuta, I (1977).

Alfredo Meca y Romero.—Ayuntamiento de Ceuta. Memoria de Secretaría (1933).

José de Esagny.—«Libro de los Veedores de Ceuta». (Libro grande de Sampayo) (1939).

Ana M.^a del Arco.—«Esa voz...» (1973).

José García Cosío.—«Ceuta: Historia, Presente y Futuro, I (1975).

José García Cosío.—«Ceuta: Historia, Presente y Futuro, II (1977).

Ilustre Colegio de Abogados de Ceuta.—«Alegato Jurídico contra las Pretensiones Marroquíes Reivindicatorias de Ceuta, Melilla y demás Territorios Españoles del Norte de Africa» (1975).

Ediciones del Centro de Hijos de Ceuta

Manuel Lería.—Un siglo Medieval en la Historia de Ceuta (931-1031) (1961).

111



0808 2

6599

M. J. M.

chase

M. J. M. / ma